

tientes, y á otro por la puerta mortuoria por donde sacan á los heridos y á los muertos; aquellos circos llenos de polvos de oro, de carmin y minio que ocultan el color y contrastan el hedor de la sangre; cortados en larga escalinata, cuyas primeras gradas ocupan los magistrados y los senadores, y las segundas los caballeros, y las terceras los padres que han tenido cierto número de hijos, y las superiores el pueblo, y las últimas las damas romanas que agitan al aire con sus abanicos formados de colas de pavos reales, y lo perfuman con orientales esencias, y excitan la voluptuosidad universal mostrando entre nubes de blancas gasas sus desnudas formas, realizadas por el reflejo de los velos de púrpura que las defienden del sol; aquellos circos, decia, en las grandes festividades se llenan hasta rebosar de gente, pues acuden desde las vestales hasta los emperadores, gozándose todos en ver desfilar en su presencia los esedarios en sus carros pintados de verde; los mirmillones guarecidos tras sus escudos de hierro y armados de su cuchillo de caza; los rechiaros que agitan su afilado tridente, vestidos con túnica roja, borceguíes celestes y casco rematado en áureo pez; los ecuestres con su peto de acero, su clámide de mil colores, sus brazaletes de hierro; los bestiaros desnudos, luciendo sus bellas formas y tomando clásicas actitudes de estatuas, todos comprados á subido precio, alimentados todos de una ma-

nera especial para que tengan en su cuerpo mucha, mucha sangre, aplaudidos por las muchedumbres ébrias de gozo, hasta que á una señal dada por el César se lanzan todos á la arena, pelean, se buscan, se evitan, se encuentran, se hieren; resbálanse estos en la sangre fresca, caen aquellos exánimes, corren los otros en pos de la punta de una espada que los atravesase el corazón, porque el maestro del Circo les ha clavado un hierro candente en las espaldas creyendo que se apartaban del combate; se desploman unos sobre otros, se revuelcan en el polvo entre los chorros de sangre que salen de las heridas, abrázanse para espirar unidos los mismos que se acaban de asesinar mutuamente; mientras los espectadores delirantes de entusiasmo, abriendo las narices para aspirar el vapor que se levanta de aquella matanza, increpan, gritan, ahullan, entre el rugido de las fieras, y el choque de las armas, y los ayes de los heridos, y el estertor de los moribundos, aplaudiendo la inhumana hecatombe consagrada á la grandeza de Roma, grandeza de la cual no le quedaba, como á todos los pueblos envilecidos por la servidumbre, más que la bárbara crueldad, eterna infamia de su historia, execración eterna de su nombre. (Estrepitosos aplausos.) Despues del Circo venia algo más terrible, algo más trágico, algo más abominable todavía. A la salida del Circo, en un abismo llamado espoliario, negro co-

mo la noche, pútrido como el sepulcro, á la pálida luz de las antorchas, en tanto que Roma se entregaba á sus orgías, los jóvenes guardias aglomeraban miembros despedazados, cadáveres, y hasta heridos aun con vida; y allí dejaban aquellos restos infectos de una fiesta, expuestos á la voracidad de los perros que enterraban las carnes en sus estómagos y rompían los huesos entre sus dientes, y ¡en cuántas ocasiones alguno de aquellos infelices gladiadores allí abandonados, se levantaba sobre la sangre coagulada, sobre las entrañas deshechas, pisando cuerpos todavía calientes ó agitados por el último resuello de la agonía, y llevándose una mano al pecho herido, y extendiendo la otra hácia Roma, la maldecía con ronco acento, maldicion que hería los cielos y llamaba sobre la proterva reina de las naciones el anatema de la divina justicia! (Aplausos.)

Sí, todo, absolutamente todo lo que pasa en Roma indica en verdad que la civilizacion antigua presiente el cumplimiento de este anatema terrible. Cuando el mal ahonda tanto que no se cree posible el remedio, sobreviene la muerte que tambien tiene sus profetas. Leed esta literatura del siglo segundo y vereis que es una literatura verdaderamente solemne y testamentaria. La sociedad antigua sabe que está envenenada, y siente correr por sus venas el frio de la muerte. A la dudosa luz de aquel crepúsculo del espíritu anti-

guo, suspendido sobre su ocaso, levántase un hombre, que es como la conciencia y el remordimiento de aquella sociedad; un hombre, que á haber nacido en los tiempos de Esquilo, usurpárale el genio trágico, porque nadie lo ha poseido como él, ni aun el mismo Shakespeare; un hombre que ha escrito en estilo cortado, sentencioso, lapidario, como conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, el poema del sepulcro del paganismo, cual Homero escribiera un dia el poema de su cuna; un hombre que nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales grabados con el hierro candente de su terrible palabra en la memoria humana, una época, triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus batallas, desgarrada de continuo por grandes sediciones, dura en la guerra, cruel en la paz; muchos emperadores asesinado, muchas guerras civiles, más aun extrañas; el Occidente conmovido, el Oriente próspero, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de la lepra de sus crímenes á la tierra (Aplausos), el Capitolio devorado por las llamas, las santas ceremonias religiosas ó suspendidas ó profanadas, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, el suplicio convertido en premio de toda virtud, la delacion en es-

cala para todas las dignidades, los esclavos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, los hijos á sus padres, las magistraturas todas en una mano, el senado en el polvo, el pueblo en el Circo, los patricios convertidos de guerreros en gladiadores, el mundo pasando de un taimado á un traidor; de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un gloton, de un gloton á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino; consumidos todos en una orgía donde se mezclan todos los sexos y se cometen todos los crímenes, el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio; crímenes que no tuvieran nunca un digno castigo si Dios no suscitara el genio severo, el genio sombrío de Tácito, única alma que no se habia manchado en el cieno de la esclavitud, para que atormentase eternamente á los tiranos y á sus obras en el eterno infierno de su historia. (Ruidosos y redoblados aplausos que interrumpen por algunos momentos al orador.)

Perdonad, señores, pero las muestras de benevolencia con que habeis acogido mis pobres descripciones de un mundo decrepito, han cortado el hilo de mi razonamiento. Reanudémoslo. Decía, señores, que por todas partes se veian señales de la destruccion de aquella sociedad, señales terribles.

En la naturaleza hay anuncios de las grandes tempestades. Antes que el huracan se desate, antes que la tormenta amague, el navegante ve pasar aves que lanzan siniestros gritos, y que parecen como los presentimientos vivos que tiene la naturaleza de sus grandes dolores. Pues bien, con mayor razon debemos ver estos anuncios, estos presentimientos en el mundo de la idea. Los poetas, cuyas almas vuelan por todo el cielo del espíritu, ven, antes que los demás mortales, la luz del nuevo dia, pero tambien antes que los demás mortales el reflejo siniestro de la próxima tempestad. Por eso los antiguos, tan hábiles en el arte de simbolizar las ideas y encerrarlas en mitos de profundísimo sentido, creian que los poetas eran deudores al cielo del don de profecía. Indudablemente esos seres coronados de luz y de tinieblas, que agitan con sus alas el éther en los espacios infinitos, que llenan con sus cánticos todos los tiempos, con su fantasía, como la nube que al Oriente inflama el primer rayo de la aurora, reverberan la luz misteriosa de lo por venir sobre la frente de la humanidad. La ciencia exclarece los limbos de los tiempos venideros. Y la poesía no es más que el ángel que recoge en sus blancas alas el pensamiento de la ciencia y lo sacude sobre el espíritu de las muchedumbres, que llegan á todas las grandes creencias del espíritu en virtud de las incesantes revelaciones del arte. El dolor es la

musa en estos grandes siglos de decadencia, y especialmente el dolor sarcástico, que es el dolor impotente para reformar y purificar al hombre. Consideremos con brevedad los poetas y escritores de estas edades. Mucho siento que el tiempo nos apremie y que por lo mismo no sea posible dar una idea de la literatura sino á grandes rasgos. ¿Quereis ver la sociedad romana? Leed el Satyricon de Petronio. Allí encontrareis el rico estúpido, rodeado de parásitos cortesanos, la orgía husmeante, el vino que rebosa en la copa, el pueblo sin virtudes, la aristocracia sin recuerdos, el poder sin freno y la voluptuosidad trastornando la cabeza de Roma, que se entrega como impura prostituta por un puñado de oro á los pueblos y á los reyes. La indiferencia de aquella sociedad es tan grande, que las tragedias de Séneca, en que el dolor llega á sus últimos vértigos, y raya más allá de lo posible, no la conmueven. El genio hiperbólico pero verdaderamente grandioso de Lucano, desaloja del poema todas las antiguas divinidades que mudas y pálidas caen sobre la tierra como hojas secas del árbol de la vida. La fortuna reina implacablemente con su cetro de hierro en la mano sobre los dioses y los hombres. Y el gran poeta vé, arrasados de lágrimas los ojos, la libertad descendiendo del Capitolio para refugiarse más allá del Rhin á curar sus llagas con las virtudes de un pueblo sencillo y amante de la naturaleza. Plinio

el Viejo recoge en su enciclopedia todas las ideas y todas las supersticiones de la antigüedad, como si temiese que no pudieran salvarse del amenazador naufragio. Plutarco, estóico, que proclamaba la unidad del espíritu humano, el escritor de las sencillas formas, genio verdaderamente griego, esculpe con su cincel las hermosas estatuas de los héroes griegos y romanos como para levantarlas sobre el sepulcro de aquella sociedad, recordándole en su abyeccion, en su esclavitud, las virtudes engendradas por las antiguas libertades. Marcial se corona de flores, pero de flores que parecen nacidas sobre un sepulcro. Su sonrisa me entristece como la sonrisa de un cadáver. Sus carcajadas me atormentan como las carcajadas de un epiléptico. Si alguna vez me mueve á risa es cuando cansados mis ojos de ver catástrofes y mi corazón del dolor, agotado el sentimiento para sufrir el espectáculo de aquella época, la risa me posee como consecuencia de ese silencio del dolor, más triste aun que los gritos de todos los dolores juntos, de ese silencio que llamamos indiferencia. Marcial nos cuenta en sus epigramas que aquella Roma tan alegre, dichosa, colocaba en sus orgías un esqueleto entre los platos de oro y las copas de esmeralda para que recordase á los romanos que todo placer finaliza en la muerte. Silio Itálico describía las guerras púnicas, las glorias muertas de Roma con palabras antiguas, con versos forja-

dos en el fuego de la libertad; palabras y versos que brillaban á manera de la fosfórica luz que produce la descomposicion de los huesos de los cadáveres. Las églogas de Calpurnio nos describen la paz romana bajo el despotismo, la paz de la muerte. ¡Ah! El postrer acento de oposicion á la tiranía fué el acento de Fedro. El fabulista ha buscado el apólogo para protestar contra la servidumbre de Roma, contra la tiranía de los Tiberios y de los Trajanos. Puede decirse que el poeta del Imperio es el napolitano Estacio, el improvisador hueco y brillante, que va de puerta en puerta adulando todas las fortunas, haciendo objeto de sus versos todos los vicios, llorando porque al César le ha escamoteado la suerte la satisfaccion de algun capricho, rompiendo en fin la lira clásica entre sus manos ahumadas con el incienso ofrecido en aras de los déspotas del mundo.

Hay, señores, un género de poesía en este tiempo que muestra la irremediable caida de la civilizacion clásica. Este género de poesía es la sátira que rompe el armonioso concierto entre el fondo y la forma, principal carácter del arte clásico. La sátira muestra que el espíritu humano disgustado de la realidad, suspira por un ideal que sobrepuje al antiguo ideal clásico. Por eso, señores, el siglo de oro de la sátira es el siglo desgraciado en que principia la irremediable decadencia de Roma. Mirad la naturaleza, señores. La perpe-

tuidad de las especies se halla asegurada por la muerte de los individuos. De la descomposicion de un sér proviene otro sér. La raiz destruye la semilla de que nace. En el espíritu sucede lo mismo por esas analogías misteriosas que hay entre el sér y el pensar. Las ideas progresan, oponiéndose con fuerza las nuevamente concebidas á las antiguas, y negándolas con negacion formidable. La sátira, pues, venia á romper atrevidamente la ley armónica de la idea y la forma en el arte antiguo. El gran satírico de Roma no es Horacio, demasiado alegre; ni Persio, asaz artificioso; sino Juvenal, que vive en tiempo aun más depravado que los tiempos de Horacio; Juvenal, que tomando la maravillosa lámpara encendida sobre la tumba del cantor de Tibur, nos muestra á sus rojizos resplandores todos los vicios de su tiempo, las damas romanas desnudas, si bien ornadas para mayor decencia con riquísimos collares de perlas; los patricios que duermen tranquilamente en su lecho de púrpura en tanto que el cliente tiembla de frio y de hambre á la puerta; el sacerdote que se come las víctimas consagradas á los dioses y engorda con la religion del pueblo; el pretor; no sencillamente justiciero como en los primitivos tiempos, sino sentado en áureo trono, cargadas las espaldas con pesado manto y las sienes con no menos pesada diadema, verdadera imagen de los déspotas de Oriente; el soldado que pone todo su orgullo

en muertes, incendios y violencias; el jurisconsulto, que vuelve en su litera del Foro, despues de haber defendido, no al que tiene más derecho, sino al que tiene más dinero; el privado del César conducido ayer por su yalimiento en un toro blanco al Capitolio, y hoy arrastrado por su desgracia en el cieno del Tíber; los cortesanos que acuden presurosos á saludar de rodillas al favorito en su fortuna y van á escupirle la cara en su desgracia ó á dar puntapiés á su cadáver en presencia de los esbirros del poder; el dueño del mundo, que no sabiendo qué hacer de su autoridad mata á su madre por imitar á Orestes, representa en el teatro, juega en el Circo, incendia á Roma, para que alumbre sus festines, mientras el pueblo que sometió la tierra y que levantó del suelo con la punta de sus lanzas las coronas que se caían de la frente de los reyes, no podia tener ciertos privilegios porque no pagaba el censo: que entonces como ahora la política era un mercado, el oro el precio del derecho, y el pueblo, sin cuyo trabajo no pueden vivir las sociedades, un proscrito; vicios admirablemente condenados á la execracion de todas las generaciones por aquel genio que era como el grito siniestro de la conciencia de Roma. (Entusiastas aplausos.)

Pero, señores, la verdad es que aquella sociedad moria porque morian la idea religiosa y la idea metafísica en que estaba fundada. Aquellos

hombres habian perdido la antigua religion sin concebir siquiera una nueva idea religiosa. Y, señores, la idea de Dios, la idea de lo infinito se impone como una necesidad lógica á la conciencia humana. En verdad una filosofia exclusiva pudo creer que era dado borrar la religion del número de las necesidades de nuestro espíritu. Yo no soy de tal sentir. Cuanto más ahondo en la conciencia humana, más viva encuentro la idea religiosa. En vez de creer que toda religion es vana, creo cabalmente lo contrario; creo que la religion lleva en sí el ideal de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que es la estrella de toda una civilización; creo que vivifica el espíritu; creo que templa las dolorosas contradiciones de nuestra inteligencia y las tristísimas luchas de nuestro corazon; creo que es la luz del pensamiento y el aroma del amor; creo que fortifica la libertad; creo que levantando toda nuestra vida á la comunicacion eterna con el cielo, le dá algo del resplador divino, y le promete que tras esa negra noche del sepulcro, donde parece que todo sentimiento se apaga y todo recuerdo se pierde, tendrá una transformacion gloriosa que se acerque al eterno ideal del bien, de la verdad, de la hermosura, á la eterna fuente del sér, al eterno sol del pensamiento, á Dios. (Repetidos y prolongados aplausos.) Pero por lo mismo creo destinada á desaparecer toda religion que sea contraria al sér

del hombre y á la justicia de Dios; que suprima la naturaleza en nombre del espíritu ó suprima el espíritu en nombre de la naturaleza; que mate la razon, el criterio de verdad; que sancione la injusticia, la desigualdad entre los hombres; que se una á los opresores de los pueblos para ahogar todo arranque de dignidad y todo sentimiento de derecho; que intente oponer un valladar infranqueable al progreso; que admita como buena la esclavitud, la degradacion de la imagen divina en la humanidad; que pida, no la plegaria espontáneo del alma, no el tributo voluntario del corazon, sino adoradores constreñidos por la tiranía á mentirle culto hipócrita, los cuales manchados en su voluntad por el pecado y en su conciencia por la duda, no harán más que profanar con los labios la idea divina y cortar el vuelo libre del espíritu á lo infinito, verdadero impulso hácia Dios de toda alma verdaderamente religiosa. (Aplausos.)

Y como el paganismo no se sostenia por religion del espíritu, de la conciencia, sino por religion del Estado, el paganismo espiraba. Con él, con su idea de la desigualdad de los hombres ante los dioses, empezaban á morir tambien los privilegios, que si aún quedan, señores, quedan como las cicatrices despues de las heridas. Pero no olvideis lo que dije en mi última conferencia. La religion pagana moria á manos de sus mismos adoradores. Las ideas de los filósofos que habia

engendrado eran corrosivas para sus entrañas. Cuatro siglos antes de la era cristiana, Evehemero escribió un libro sosteniendo que los dioses no eran más que hombres, sujetos á nuestras mismas debilidades, siervos de nuestras mismas pasiones, divinizados solo por el agradecimiento de los pueblos. De suerte que aquellas divinidades en cuyo templo ardia el fuego sagrado, en cuyas aras pendien coronas de flores, á cuyo alrededor danzaban las vírgenes griegas mientras el sacerdote ofrecia miel y cera y el poeta recitaba al son de la cítara versos de Homero, aquellas divinidades no eran más que hombres, tan débiles, tan enfermos como los mismos que los adoraban; hombres ya devorados por la muerte. Este sistema, que tuvo mucho crédito en la córte corrompida, sensual, de los seléucidas, fué restaurado en el siglo II por Philon de Byblos. Los romanos debian oponerse á esta idea, porque en aquel pueblo de maduro juicio la religion era, más que una necesidad del espíritu, un medio de gobierno. La idea escandalizó universalmente. Comenzóse una reaccion pagana que intentaba con el filtro de nuevas ideas resucitar los dioses muertos, y con el fuego arrancado á templos por su antigüedad sacratísimos, iluminar el oscuro Olimpo. El representante de tal reaccion es Apuleyo. Este escritor se sirve del apólogo como del medio más oportuno para propagar la creencia que cree sa-

ludable. Su principal objeto era combatir la magia á que habia llegado en su delirio el paganismo por una larga serie de sucesivas degeneraciones. El apólogo contra el sentido religioso de su tiempo es el asno de oro. La magia, según nos cuenta en ese apólogo, le ha convertido en asno, y el culto de Isis le devolverá su primitiva forma humana, pero más espléndida y más hermosa. Aquí primeramente se vé un combate fortísimo al sentido religioso del siglo II en que todos los paganos se daban á la magia, y el empeño de evitar la decadencia del paganismo, vivificándolo nuevamente en los altares de Isis. Quisiera tener el pincel de Virgilio en mis manos para retrataros estos misterios, principal alimento de la atarida conciencia en el siglo II. El poeta nos muestra en plácida noche á las orillas del mar la procesion de la diosa; la mascarada abre el paso, las doncellas vestidas de blanco, ora sembrando de flores el camino, ora luciendo espejos misteriosos, ora derramando de argentados pomos olorosas esencias; los mancebos ahuyentando las sombras con millares de antorchas que parecen astros descendidos del cielo á los conjuros de las plegarias religiosas; los músicos de Serapis prorumpiendo con sus flautas y sus trompas en melodiosas sinfonías; los iniciados en los misterios cubiertos con largos velos, llevando en las manos signos del zodiaco; imágenes pequeñas de la vaca

sagrada, urnas de oro donde se guardan secretos de la iniciacion; los sacerdotes con su túnica de lino, su manto de púrpura, llenas las manos de guirnaldas, de rosas, entrelazadas con verbena y olivo florido; y despues de todos la diosa Isis, blanca y pura como la espuma, esparcida la rubia cabellera por el cuello y el pecho de alabastro, coronadas de diversas flores las sienas, con la media luna en la frente sostenida por racimos de espigas entrelazados como serpientes que caen por la espalda, vestida de una túnica que toma todos los matices del mar, envuelta en manto negro como la noche y como la noche sembrado de estrellas y orlado de una franja de plata, brillante como la vía láctea en el estío, y que con todos estos atributos representa la naturaleza en toda su immaculada inocencia, en su pura vida; la naturaleza que puede reanimar con su fecundidad, amantándolos á sus pechos, los moribundos dioses del paganismo romano. (Aplausos.)

— Pero ni esta exaltacion del misticismo pagano será bastante á salvar la antigua religion, porque se oye una carcajada que hiela de espanto á los dioses, una carcajada que domina todo el movimiento literario del siglo segundo como el ruido de la tempestad domina en el mar el estruendo de las olas. Esta carcajada es la inmortal carcajada de Luciano. No sé qué facultad es aquesta de la ironía que tanta fuerza tiene para desorgani-



zar y destruir los más grandes poderes. No sé qué hay en esos genios cómicos que tienen algo de la hermosura del ángel, y de la hilaridad y del amargo sarcasmo que la tradición ha puesto en el diablo. La ironía nace sin duda de la desproporción que el alma vé entre la realidad y su ideal. Sin duda esos genios que nos hacen reír, que ven el lado ridículo de todas las cosas, se burlan de todo, porque todo les parece mezquino en presencia de lo infinito que poseen como dominio propio. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir ese mismo genio, que permaneciendo idéntico á sí, toma diversos nombres; Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Boccaccio al concluirse la primer mitad de la Edad media; Rabelais y Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres; y hoy Proudhon, que conmueve con su sarcástica risa hasta los fundamentos de la sociedad donde estamos asentados, é invoca como un númen la ironía, sin duda porque entiende que ha nacido para destruir en su ironía esta su fuerza destructora. (Estrepitosos aplausos.) Cuando veo á Luciano entrar por las puertas del Olimpo, sin cuidarse de Isis que las guarda, de las Horas que danzan en el vestíbulo, de los caballos de Apolo que piafan impacientes por llenar de luz el universo; cuando le veo dirigirse con la risa en los labios á los dioses

que han consolado tantos dolores, que han alimentado tantas esperanzas, que han llevado en sus espaciosas frentes los secretos de tantas civilizaciones, pasar en su presencia con gran desenfado, reírse de Baco porque es hijo de un mercader siro-fenicio, y huele á vino, y tiene por compañero á Sileno y á Pan, cojos, contrahechos y horribles; echar en cara á Hércules que ha puesto los caprichos de sus queridas en el cielo, el perro de Erigone entre los dioses, la corona de Ariana entre los astros; llamar á Júpiter espósito, vicioso, cuyas transformaciones le han puesto en grande aprieto, pues cuando fué toro estuvo á punto de verse degollado en sus mismos sacrificios, y cuando lluvia de oro, convertido en brazaletes ó en pendiente de liviana dama (Risas); menospreciar á Mithra el de la rozagante túnica asiática y no saludarle porque no entendía sus saludos puesto que no sabía griego; mofarse de los despuntados rayos de Vulcano que hieren las encinas en el campo, los mástiles en el mar, y no hieren á los malvados del mundo; compadecerse de Saturno, viejo, enfermó de gota, que encerrado en el Tártaro no puede sostener en sus cansadas manos las riendas del universo; mirar maliciosamente el águila que con sus dos alas semejantes á los abanicos de los déspotas asiáticos, renueva el aire sobre la frente de Júpiter, mientras Ganimedes desnudo se halla tendido á sus piés;

maldecir de aquellas aves, de aquellas grullas sagradas, de aquellos toros de manchas blancas, de aquellas monas que venidas de Siria, de Egipto, han ensuciado el Olimpo griego, antes tan sereno, y repartídose con grande algazara la mitad de las ofrendas y de los sacrificios; cuando veo que así olvida todas las creencias, todas las teorías, toda la simbólica pagana, me parece que estoy viendo el genio de la ironía, de la sátira que entra en el cielo y riéndose de todas las divinidades las asusta á todas, porque la risa de la duda es más dañosa á los inmortales que las antiguas rebeliones titánicas; hasta que las obliga á avergonzarse de sí mismas, á cubrirse el rostro con las manos, y caer muertas como hojas arrancadas por el cierzo del árbol de la vida, que van á perderse en el abismo de la conciencia humana, cuya hambre de renovacion y de progreso ha devorado tantas religiones. (Ruidosos aplausos.) Y no solo se rie de los dioses sino tambien de los cultos que les tributan los hombres. Los sacrificios son objeto de sus maldiciones. Las desgracias que afligieron á Etolia y la postraron, provinieron de que Orfeo no convidó á Diana á una fiesta á que acudieron todos los inmortales. Minerva por doce bueyes retrasó un dia la caída de Troya. Así todos los dioses, sentados en aquel palacio, donde el sol es más puro y las estrellas más brillantes, sobre aquel pavimento de oro, coronados por Isis, ser-

vidos por Mercurio, armados por Vulcano, desde sus tronos dejan caer la errante mirada sobre el mundo en pos de aras humeantes, y bajan sus frentes, llenas de altas ideas, para mirar los sacrificios, y abren sus narices para aspirar el humo de las víctimas, y sus bocas para beber con anhelante ánsia la fresca sangre ni más ni ménos que si fueran moscas. (Risas y aplausos.) Y no solamente se rie de los dioses, sino que para combatir sin duda la creacion hácia el paganismo oriental, se rie tambien de los iniciados en la magia, que están tres meses metidos en las aguas del Eufrates, que reciben el espíritu divino cuando un sacerdote de pestífero aliento les escupe su saliva á los ojos. Y no solo se rie de los iniciados, se rie tambien de los filósofos. Mercurio saca todas las sectas filosóficas á pública almoneda. Un mercader vá á comprarlas. El primero que encuentra es Pitágoras que promete mostrar al mercader que él no ha sido él sino otro allá en lejanos tiempos, y le aconseja que se abstenga de comer animales y habas, y le anuncia que será un sabio cuando haya aprendido á soplar la flauta y á tañer la cítara, porque todo el universo es una gran sinfonía. El mercader dá por él diez minas, la quinta parte ménos de lo que vale un esclavo en el mercado. Topa en seguida con un filósofo mal oriente. Es Diógenes. Mercurio le anuncia que puede comprarlo porque le puede servir de perro á la